Arbor

Poesía actual en clave de espiritualidad: Calas sobre la luz

José Antonio Carro Celada

Arbor CLXXV, 689 (Mayo 2003), 689-710 pp.

En ocasiones amanece, dentro de un poema, una claridad que viene a serenar una experiencia inquietante, le pone luz y enciende con ella un fulgor que es símbolo o trasunto de Dios mismo. Casi siempre se trata de una alusión, una palabra, una imagen, una referencia de contenido iluminador que se carga de significación no sólo descriptiva, sino que enfoca una realidad más trascendente.

Una operación de rastreo sobre el concepto «luz», con todo su abanico semántico, conduce irremediablemente al mundo simbólico. Y bien puede servir, por su recurrencia, para marcar un sutil resplandor de espiritualidad en la poesía, también en la más fronteriza con lo religioso, incluso cuando le da la espalda. Este discurso abundoso o menesteroso de iluminación es frecuentativo dentro de la poesía española posterior a 1936.

Es bien cierto que en los primeros momentos, terminada la guerra, se abre camino una poesía de propensión religiosa, confesional y hasta oracional, con mayor o menor proximidad a las tersuras garcilasistas o a las asperezas desgarradas. Arraigo y desarraigo han sido dos palabras definidoras del vaivén pendular, de la actitud contemplativa o de la rebelde. Ahí están Rosales, Panero, Valverde, García Nieto, pero también Hidalgo, Gaos, Blas de Otero y Bousoño. Pero ahora, con el abordaje del nuevo siglo, anda muy lejos la última poesía española, salvo raras excepciones, de aquella entonación religiosa de postguerra.

Las promociones poéticas posteriores, herederas todas, con alguna cuantía y grados de convivencia, de los supervivientes del 27, se suceden

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

y dan a entender con tonos y preocupaciones muy diferentes que rompen con la llamada poesía social y traen un toque de cálida temporalidad. Es primero el grupo de Claudio Rodríguez y José Angel Valente. Pero llega el neomodernismo culturalista, más tarde arrepentido, de Gimferrer, Villena, Carvajal y Colinas. Y las generaciones de los 80 donde cohabitan y se suceden voces muy personales e inclasificables, como la de Miguel D'Ors, o esteticistas o neosurrealistas de diverso cuño hasta llegar a esa piedra de toque que es la *poesía de la experiencia* o *la otra sentimentalidad*, ambas —como otros grupos— muy conceptualizadas en sus poéticas. Lógicamente, la obra abierta de los poetas actuales, sobre todo la de quienes están madurando, hace innecesario periodizarla y más cuando el reverbero de espiritualidad que brilla es circunstancial o mimético o pura iconografía poética en la mayoría de los casos y sin que obedezca a estéticas de grupo.

En esta indagación temática que persigo, a propósito del campo semántico de la luz convertido en campo de espiritualidad, prefiero no estar pendiente de estéticas, sino principalmente de subrayar esta importante claridad, absorbente en ocasiones, incitadora en otras, que se observa en poemas y en poetas. Y de qué quiere decir esa luz, cómo hay que interpretarla. Algunos parecen ganados por ella, iluminados, cegados, derribados, orientados, señalados, de mil modo afectados. Desde la luz encontrada o disfrutada y desde la luz suspirada, rechazada o negada. Pretendo casi sólo antologar, hacer unas calas.

Concretamente. La luz no necesita discurso, pero sí alguna clase de preámbulo. Además de su definición científica, que aquí no hace al caso, es símbolo de la vida y se le atribuyen innumerables significaciones. Todas ellas atractivas, en la magnífica polisemia que contiene esta palabra. Si en el *Génesis* Dios pone orden, entre otras cosas, haciendo la luz, organizando el cosmos, separando la luz de las tinieblas [1], en el prólogo del *Evangelio de Juan* se manifiesta la personificación de la luz. Ya no es que emane de Dios y sea obra de sus manos, sino que Dios mismo —la Palabra— es «la luz verdadera» [2]. Como «luz del mundo» se presenta Jesús [3], «lumen de lumine» —Luz de Luz— aquilata teológicamente el *Credo Niceno-Constantinopolitano* [4].

No hay por qué insistir más en la historia de la vinculación de la luz con la divinidad, de la luz como reflejo de Dios, de la claridad divina que ilumina salmos y libros proféticos. Es un hecho incontestable. Por otra parte, Mircea Eliade ha escrito páginas muy atinadas sobre cosmogonías primitivas y también sobre la relación o identificación de los astros con las divinidades. En consecuencia, todas las culturas

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://arbor.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

y experiencias religiosas, así como sus textos sagrados y litúrgicos están impregnados de una simbología de luz.

Los poetas se refieren a veces a la luz, y no a la percepción física puramente visual, sino a esa especie de «luz no usada» que menciona la *Oda a Francisco Salinas* de Fray Luis de León [5], luz casi siempre interior, impulso inspirador, fuego purificador. Me vengo preguntando siempre que encuentro en un poema, en un poeta, menciones a la luz, al fuego, a una llama, a una claridad por el grado de interioridad que revelan esas referencias. Conviene tener en cuenta, para centrar el tema en el ámbito cristiano, las lenguas de fuego de Pentecostés, el «lumen Christi» de la Vigilia pascual, la teofanía de la transfiguración en que Jesús resplandece y viste «como la luz», sin olvidar al anunciador angélico de la resurrección impregnado de un blanco radiante.

Plagada está la poesía de todos los tiempos, y por supuesto la actual, de alusiones a la luz, de interpretaciones en clave de espiritualidad. La luz protagoniza tanto la vida —la exterior y la interior— que poco o nada se concibe sin ella, pues hasta en la noche oscura más desesperante hay sitio siempre para una expectante aurora. Ya sería un buen recuento, ciertamente significativo, consignar la cantidad de luz, de brasa, de fuego que refleja el catálogo de títulos de la poesía contemporánea, desde *El rayo que no cesa* (1936) de Miguel Hernández a *Sea la luz* (1947) de Carmen Conde, desde *La casa encendida* (1949) de Luis Rosales, a *La luz, de otra manera* (1988) de Vicente Gallego o *Hacia otra luz más pura* (1999) de Miguel D'Ors.

Me atrevo a decir que en la mayoría de las referencias de luz, a veces derivadas de una experiencia natal y luminosa, geográfica o paisajística, pero también por ausencia, escasez o ensoñación, lo cierto es que detrás de cada alusión a la luz se asoma tímida o declaradamente una huella trascendente o casi. Desde luego, misteriosa; con alguna solemnidad simbólica, aunque el poeta en cuestión no sea creyente. Casi siempre late en esa referencia un chispazo que si no es religioso, encierra la virtualidad de un secreto. Es una luz reflejada en el poema, pero porque está encendida en el interior o parpadea o se espera de un momento a otro que aflore o se añora su aparición.

Es ya el momento de entrar en contacto con la luz de los poemas. El profesor Domingo Ynduráin, recientemente fallecido, singular autoridad en el estudio del renacimiento literario, dedicó uno de los capítulos de su *Aproximación a San Juan de la Cruz: las letras del verso* [6] a explorar en el símbolo de la luz no sólo como referente espiritual, sino como alusión e identificación divina citando textos cristianos primitivos y modernos. Y menciona a Fray Luis de León *De los nombres*

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

de Cristo en cuyo capítulo dedicado a «Facies de Dios» se alude a la luz y al resplandor de Dios [7]. Pero sobre todo cita a San Agustín cuando afirma que luz es el nombre propio de Dios y que Cristo es la luz, comentando el Evangelio de Juan. Ynduráin ilumina con su indagación algunos de los versos más conocidos e incandescentes de San Juan de la Cruz: la «llama que consume y no da pena» [8], del *Cántico espiritual*; la «llama de amor viva» [9] y las «lámparas de fuego» que dan «calor y luz» en *Canciones del alma* [10]*; o este otro Cantar de la alma que se huelga de conoscer a Dios por la fe* donde se saborea la claridad de «aquella eterna fonte» que es Dios:

«Su claridad nunca es escurecida
y sé que toda luz de ella es venida
aunque es de noche» [11].

Si busco en esta particular «fonte» que son los versos de San Juan de la Cruz los fundamentos de esta luz poética que parpadea de vez en cuando en la poesía actual, es porque cabe apadrinar en buena medida esta presencia espiritualizada de la luz —del fuego que ilumina, purifica y cauteriza— con la unánime admiración que despiertan los versos de Juan de Yepes en los poetas contemporáneos. Sería engañoso creer que a él se debe la actualización de esta presencia de la luz -es un simbolismo sin fronteras- pero son frecuentes en los libros de poesía de la segunda mitad del siglo XX las menciones, los créditos, las dedicatorias, las glosas al poeta de Fontiveros. Algunos como Guillén, Rosales, Vivanco, Hernández, Conde, Gaos, Bousoño, Claudio Rodríguez, Valente o Colinas se apoyan en él y describen su propia experiencia interior, sus crisis y sus contemplaciones «desde esta ladera» [12].

Ya en el *Cántico espiritual* hay una pasada por la luz en la vestimenta «de hermosura» derramada en la naturaleza por la figura del Amado y en la demanda de su presencia («véante mis ojos, / pues eres lumbre dellos, / y sólo para ti quiero tenellos») que reflejan en principio dos luces complementarias [13].

Que la luz de la naturaleza es un reflejo divino, que la luz es una manifestación de su belleza, y sobre todo que pervive en la naturaleza una huella permanente, o intermitente, de Dios resulta un componente normal de la poesía religiosa. Es como la primera revelación divina: su obra creadora. Escritores de la llamada generación del 36, los que se manifiestan a veces con un lenguaje oracional, incorporan a su lenguaje no sólo la evocación descriptiva del paisaje como uno

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://arbor.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

de los modos de tocar a Dios, de sentir su presencia, sino también a través de la presencia, insistencia y omnipotencia de la luz, puesto que en la luz encienden estos poetas un cierto lenguaje sobre Dios.

Los poetas de esta generación parecen vivir en disposición de encuentro permanente con Dios, la naturaleza es para ellos la mejor conductora de esta luz y —como dirá Alfonso Albalá— «tacto de Dios», luz que «aloca y toca tibiamente» [14]. Rosales, con ese descriptivismo anímico que le define, compara la presencia de Dios a determinadas apreciaciones sinestésicas, tales como:

«...el manso sonido de la luz en lo oscuro del río
en la carne del agua,
guarnecida de aromas y palmas de obediencia,
de contornos que huyen en la terca unidad de su forma encendida
como un jazmín que nunca se acabara en los ojos.
Porque fluye de Ti la claridad ligera que da su penetrante continuidad al agua» [15].

Esta presencia de la luz invadiendo y matizando la naturaleza, embelleciéndola, tiene procedencia divina. En el poema *Misericordia*, Rosales identifica el Tú —mayúsculo y oracional— con «Luz rendida» [16]. Del mismo modo, Leopoldo Panero, tan amigo de la luz de Castilla y consumado contemplador, convierte llanuras y montañas en expresión de luminosidad trascendente, en lenguaje de Dios. La seducción que el poeta astorgano siente por la nieve, por su pureza y resol, le lleva a pensar en Dios el que «anda sobre la nieve» [17], siempre en las alturas, y le otorga el lenguaje de la luz:

«¡Señor, Señor de las cumbres!
!Señor, Señor que nos hablas
con la luz y con el viento
y con la noche estrellada!» [18].

Pero, al mismo tiempo que elige esta versión de luz encumbrada y excelsa, toda la otra realidad, la más cotidiana, la siente impregnada también de una misteriosa iluminación —«flota una luz secreta entre las cosas / cotidianas» [19]—, luz que remite a Dios y recuerda el «vestidos los dejó de hermosura» sanjuanista:

«Las cosas cotidianas se iluminan,
se parecen a Ti» [20].

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

En los momentos de crisis personal, Panero reconoce que se está borrando de su visión la transparencia y tiene que hacer esfuerzos para reconocer a Dios:

«y no olvidarte como sólo un paisaje de primavera repentina,
sino llevarte (refulgente, invisible)
a través de la diaria ceniza» [21].

«Aquí la luz ocupa toda el alma» llega a escribir Panero en su poema *Del lado celestial* [22]. Y José Luis Hidalgo sabe que «sobre el mundo de los vivos / se derrama su transparencia» [23], de los ojos de Dios. Pero quien realmente hizo de la luz y de la naturaleza un lenguaje de relación con Dios fue Luis Felipe Vivanco, el más contemplativo del grupo, místico del paisaje, buscador de Dios, sentidor de Dios en la naturaleza. En su Diario llegó a escribir: «...mi vida (en Dios) es la mañana, la luz de esta mañana sobre el campo, sobre un monte ondulado con chaparros» [24].

Esa percepción de Dios en los paisajes de su predilección anímica está, con toponimia y todo, en su obra poética, al mismo tiempo que el propio escritor se asoma a esa presencia de Dios, percibida muchas veces como «transparencia», como «relumbres» en palpitantes hojas [25]. «Eres —le dice a Dios— la mirada que amanece en esta sombra mía / para que los cielos sean altos y transparentes» [26]. En *Tiempo de dolor*, en su poema *Árboles altos*, Vivanco eleva su mirada a las alturas y con ella da un paso trascendente hacia la luz y la «transparencia eterna del Señor»:

«Para admirar la altura posamos nuestros ojos
en la luz que confina con las alzadas frondas,
y es divino el amor, y su júbilo entero
trasciende la alegría y sólo afirma
la trasparencia eterna del Señor» [27].

Como un acto de fe en la viva luz de Dios se expresa Vivanco, en esta casi arrodillada acción de gracias en la mañana, envuelto y disuelto su cuerpo en luz, como transfigurado, partícipe de una luz viva, «con brazos», que remite a Dios no como hermosura inerte. Qué abarcador y condensado este largo verso, también de *Tiempo de dolor*:

«¡Oh Dios mío! Tu convicción me penetra en la mañana, y el cuerpo se disuelve en los brazos de tu luz viva.» [28].

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://arbor.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Pero no siempre esta percepción aparece en los poemas. La luz, para algunos poetas, tiene otro sentido y no hay manera de que acabe disipando las tinieblas. Sin embargo también funciona aquí, por instigación poética y vivencial de Juan de la Cruz, la noche oscura, el aunque es de noche, y se abre paso un abanico que va del rechazo de la luz, a la falta de luz, de la ceguera a la oscuridad transitoria. En todo caso, no deja nunca de influir en el campo léxico de la luz su fuerza simbólica, encienda la trascendencia, la ponga en duda o se disparen las alarmas de la decepción.

La imagen estremecedora de Blas de Otero sospechando que la muerte fuese un colosal vacío, «el hueco sin luz de una escalera [29]», negando la esperanza y el encuentro en la luz, refleja muy atinadamente y con crudeza un tono de queja, de rebelión, de dramática soledad. Ceguera, sería la palabra más adecuada para poner nombre a esta incapacidad para ver la luz, para descubrir a Dios. El propio Otero en uno de los sonetos de *Angel fieramente humano* se desgañita solo en la noche «arañando sombras para verte» [30], le dice a Dios. En algún caso, siguiendo la imagen teatral de la vida, aparece la constatación desolada de que nadie dirige la escena, según el poema *La representación* de Leopoldo de Luis:

«¿Quién gobierna esta escena, quién apunta?
El director habrá tenido un fallo.
¿Nadie dirige aquí, entre bastidores?
La luz, sólo la luz sigue alumbrando» [31].

Esta escena solitaria, en que las candilejas del teatro de la vida no parecen gobernadas por nadie, introduce una luz de la que nadie parece hacerse responsable. Hay luz, pero al mismo tiempo el actor, el hombre, tiene la sensación de estar solo o desasistido. Y Dios en estos casos está escondido en la sombra. La poesía de la postguerra, la más existencial e interpeladora, elige como tono, como pose o con indudable sinceridad esta nebulosa de Dios, esta incapacidad para ver su luz.

Valverde, ya en su primer libro juvenil *Hombre de Dios* se plantea el salmo inicial de un Dios oculto y disfrazado en la naturaleza, difícil de percibir o intermitente. Sabe que está entre nubes y si hay días en que resurge «como el sol tras la lluvia» hay noches en que se le borra definitivamente o lo siente como un «negro hueco» en su interior. La oración del poeta termina reclamando la mirada de Dios: «Mírame tras tu noche, oh Dios nublado»[32].

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

Vicente Gaos participa de esa expresión pendular, oracional, desde la que habla con el Dios que se oculta —«en tu noche más sombría, / en tu noche sin luz, desestrellada» [33]—, le pregunta a la hora de medir su ansia de eternidad —«Qué cielo exigiré para mi frente, / qué luz para mis ojos y qué fuego / para este corazón tan vehemente»— [34], le agradece haberle salvado «de tanta ceguedad» [35] y le reza en clave de luz, mas para admirar su evidencia, no como «luz total» sino como «dulce claridad», «todo sombra y sueño, / nocturna verdad»:

«No te pido luego,
no, no quiero luego,
para verte aún más,
una luz sin sombras,
una luz total.
Me basta con esta
dulce claridad
con que te revelas
en el mundo ya.
Entre luz y sombra
te evidencias más» [36].

Hay en la poesía primera de Carlos Bousoño, la más directamente cercana a las percepciones sanjuanistas, un cúmulo de alusiones a la luz. Desde su deseo de ser luz y encenderse como un árbol, y buscar quejándose la «fresca luz» de Dios, tal y como aparece en *Buscando la luz* de *La subida al amor* [37], hasta la presencia de «Dios hecho luz» [38] que parece absorber cualquier otra realidad, incluso anímica, de *Luz de Dios* en *Noche del sentido:*

«Sólo el espacio iluminado.
Sólo la luz se extiende límpida» [39].

La secuencia de esta percepción de la luz se muestra siempre igual de expansiva y sin mácula. Y desde luego, también hay lugar para participar como «luz pequeña» de la «luz del mundo»:

«....He aquí que contemplamos
la luz del mundo, la abisal enseña
de la inmortalidad, en donde estamos
vivos e inermes como luz pequeña» [40].

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

En el poema *Letanía del ciego*, también perteneciente a *Noche del sentido*, Carlos Bousoño se plantea su creencia en la luz, el lamento por no poder ver la luz del día, ensoñada por su belleza en una puesta de sol: «¡Quién pudiera creerte, dulce puesta / de sol; soñarte sólo, cielo, día» [41]. Esa imposibilidad del ciego, convertida en puro deseo, en una suerte de fe, tiene su correspondencia en el poema *Decidme*, del mismo libro, donde el poeta se sitúa en un «quisiera» dirigido a Dios para pronunciar su nombre, para creerlo luminoso, para «creer en Ti, detrás de la penumbra» [42].

Hay, sin embargo, versos entre irónicos y escépticos, pertenecientes a esta misma generación poética, que se rebelan contra una vida amenazada de «fracaso final» [43]. Rechazan la luz, desde la protesta más áspera, al estilo de Otero («mátame con tu luz»), pero sin su encendido y ardiente interior, y descalifican la luz. No la luz envolvente con que la realidad se muestra visible, sino tal vez esa otra luz atribuida a Dios, a la que el poeta Angel González renuncia en *Reflexión primera*:

«Abrir los ojos para ver
lo mismo,
poner el cuerpo en marcha para andar
lo mismo;
comenzar a vivir, pero sabiendo
el fracaso final de la hora última.
Si esto es la vida, Dios,
si este es tu obsequio,
te doy las gracias —gracias— y te digo:
Guárdalo para ti y para tus ángeles.
Me hace daño la luz con que me alumbras,
me enloquece tu música de pájaros,
pesa tu cielo demasiado,
oprime,
aplasta, bajo y gris, como una losa» [44].

Del mismo modo que Angel González rechaza ese halo de luz proveniente de Dios y no quiere conformidad con ese cielo de resonancias bíblicas, lleno de música enloquecedora de pájaros, propiedad de Dios, que al poeta asturiano le oprime, le hace daño, le aplasta «bajo y gris», Claudio Rodríguez se apunta incondicionalmente, como buen castellano, al don de la luz. Y es la luz el hilván de toda su poética. Se puede decir que el primer verso, el frontispicio de toda su obra quintaesenciada es este verso y medio, con el que se abre *Don de la ebriedad*:

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

«Siempre la claridad viene del cielo;
es un don» [45].

Pero no se cansa el poeta zamorano de suplicar la luz, de reconocer su necesidad y no como paisaje o escenografía sino como fluir de vida, como componente de vida. Es la experiencia suya una luz cenital —«cielo siempre en mediodía»— [46], una luz —«que no da abasto / para tanto vivir»— [47], una luz que se le hace imprescindible —«ahora necesito más que nunca / mirar al cielo»— [48], y por si alguien ese cielo lo interpreta no desde el cosmos sino desde la fe, «ya sin fe y sin nadie» alza los ojos y lo necesita «más que nunca», no para que le salve sino para que le acompañe [49].

La poesía de Claudio Rodríguez está escrita con claridades, solidaridades y muchos destellos autobiográficos, es más emocionante que emotiva, pegada a la realidad y al símbolo, cuajada de imágenes visionarias y traslaciones metafóricas de universal e íntima vitalidad. Si ha escrito con alto sentido cósmico y trascendente que «siempre la claridad viene del cielo» y es un don que «no merece nadie» [50], pasa por casi una declaración mística. La vida es asunto de celebración, en comunión con la naturaleza, en permanente inclinación hacia la infancia, que es un estado de claridad y de resurrección.

Muchas antologías de poesía religiosa incluyen poemas de Claudio por esa inebriante claridad, por esa luz que es indudable reflejo, débito castellano y místico, de poetas como san Juan de la Cruz y fray Luis de León, implícitos pero también explícitos en muchos de sus versos: en la transcendida visión del paisaje y del paisanaje: «peatón celeste», «clientes del cielo», «comienzo a comprobar que nuestro reino / tampoco es de este mundo».

La huella de Dios está presente en la realidad, de tal manera que todo es sagrado: «Cuanto miro y huelo es sagrado». Y aclama y reclama este discurso de la claridad, de la alegría: «la más honda verdad es la alegría»; del cielo: «necesito el cielo»; del alba: «que nos resucita». De aquí a la huella cristiana no hay más que una hermosa y pascual contemplación enumerativa, inscrita en el recuerdo de su casa, donde aparece «el sepulcro vacío y el sudario doblado, / la sábana de lino, / la reverberación de la resina, / de la mirra y el áloe / en el cuerpo desnudo ya sin tiempo / como polvo estelar y profecía» [51]. «¿Todo es resurrección? [52]» se pregunta repetidas veces un poema, y esta identificación entre resurrección e infancia acercan su lenguaje poético y su temática a lo estrictamente cristiano, lo llenan de luz trascendente.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

Pero si la resurrección de Jesús concentra una nueva irradiación, los poemas que se ocupan de contar tal resplandor se entretienen a veces en la narración de la sorpresa, pero tienen otra fuerza lírica aquellos que se condensan y sugieren la explosión de luz del resucitado. Precisamente José Angel Valente es uno de ellos, poeta crucial hecho de esencias, que se sirve de un lenguaje denso y escaso de retórica. Se acerca a veces a un ascetismo lírico que roza el lenguaje místico sin implicarse en su experiencia religiosa. Pero, en ocasiones, se entrega a ella, con espléndido sentido, como en este poema *Muerte y resurrección*, donde se dice:

«Estaba
traslúcido el lugar
donde tu cuerpo estuvo.
La piedra había sido removida.
No estabas tú, tu cuerpo, estaba
sobrevivida al fin la transparencia» [53].

Este traslúcido lugar, esta sobrevivida transparencia con que Valente resume en luz la mañana de pascua, encuentra en *Voces y acompañamientos por San Mateo* de José María Valverde, y en su poema *Resucitado en la tierra*, una visión humanizada y amortiguada de la luz que parece inseparable de la manifestación de Jesús resucitado. En esta ocasión, el que es «la luz del mundo», con el resol añadido de su gloria, se plantea cómo hacer para que sus amigos no se deslumbren a la hora de aparecerse a ellos, tras haber vencido a la muerte, para que no lleguen a confundir la luz de su esplendor con un fantasma:

«Los ojos que me vieran, cegarían:
tendré que disfrazarme y, apagando
mi luz, saldré del bosque de mi gloria;
iré a comer con mis hermanos tristes
y así verán que no soy un fantasma,
un espíritu viudo entre las brisas» [54].

Pero volvamos a José Angel Valente, que subraya en muchos momentos de su obra experiencias de luz, de claridad y de sus oponentes, en un ejercicio de oxímoron que lo amista con Juan de la Cruz en numerosas citas explícitas e implícitas. El primer poema de su primer libro, *A modo de esperanza*, acogido al «serán ceniza» [55] de Quevedo, apunta también a la esperanza que se revela como «una luz remota» [56]. Posteriormente,

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

en *Poemas a Lázaro* reflexiona el Creador sobre el lenguaje preguntador de la criatura; y aunque cae la noche, «el hombre puede» ascender de nuevo hacia la luz y clamar:

«¡Tú que puedes,
danos nuestra resurrección de cada día!» [57].

En este mismo poemario se parte un pan «trémulo de futuro» sobre una mesa «cubierta de claridad» [58]. Pero también se afirma que no basta con mirar, la luz no basta, «porque he mirado en vano tantas veces, / tantas veces en vano creí ver» [59]. Dentro de los misterios que encierra la luz, de sus significaciones, sitúa Valente la alegría «hecha de luz menos amarga que nosotros», escondida en un resquicio de nuestra vida, de la misma materia que nuestra desesperación o nuestros sueños [60]. Como un chispazo áspero, puro, inagotable.

Una clave experiencial de Valente es la cultura bíblica y por supuesto el mundo cristiano, particularmente el místico. Espigando en su obra se encuentra una lectura del prólogo del Evangelio de San Juan, que tiene algo de traducción y mucho de paradigma para quien militaba en la palabra como origen.

Si la luminosidad determina el lenguaje poético de una teofanía, como se ha visto en la cala poética de resplandores que acompaña el relato de la resurrección, más abundante es el acontecimiento profundamente luminoso de la Navidad, de la Epifanía, el signo de la estrella que señala el nacimiento del Mesías. No es cosa de hacer un recuento de la intensa referencia a la luz de la Epifanía en la poesía de este pasado siglo. Los cultivadores e intérpretes de la significación de la estrella guiadora son tan ilustres como Guillén, Cernuda, Nora. Esa luz que aparece y desaparece, que no todo el mundo ve aunque brille para todos, ha inspirado una jugosa literatura más teológica que navideña, más reflexiva que narrativa.

Luis Rosales, el gran poeta de la Navidad, autor de *Retablo de Navidad* [61], una irrepetible colección de villancicos, valoración tanto más afinada cuanto que se han escrito joyas durante el pasado siglo y porque se desmarca de este jugueteo tan socorrido en este género. Un género que en manos de Rosales, no deja de ser gracioso y enternecido, pero nunca menor. De entre todos sus villancicos, en donde se da «debida cuenta de un resplandor que allí había» [62] refiriéndose al Niño que «brillaba en la sombra diciendo su luz» [63], o se certifica «cómo estaba la luz ensimismada en su creador cuando los hombres le adoraron» [64], brillan con luz propia estos versos de epifanía que

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://arbor.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

explican con todo realismo la peripecia de esta estrella «que no todo el mundo la ve»:

«La estrella es tan clara que
no todo el mundo la ve.
en el cielo hay una estrella
nueva y lentísima, es
la estrella de Dios que guía
hacia el portal de Belén.
(...)
Pasan años y los hombres
siguen padeciendo sed,
la estrella sigue en el cielo,
sólo muy pocos la ven.» [65]

La luz de la estrella de este *Villancico de la falta de fe* es la luz de Dios que para muchos —«la miran y no la ven»— resulta invisible de tan clara como es, pero no es una estrella fugaz y circunstancial, aunque sí nueva por reveladora, sino «lentísima» y aún «sigue en el cielo». El poemita describe la relación de los magos con la estrella y dice que

«...Melchor es tan creyente,
tan iluminado, que
siempre que sus ojos miran
se ven sus ojos arder.» [66]

Me refería más arriba, a propósito de Blas de Otero y de esa lucha a brazo partido que el poeta libra con Dios para salir a esa luz que ponga fin a su duda, a la torturada tiniebla. Era el mismo asunto de la estrella del poema de Rosales. Y es también la experiencia que describe Vicente Gaos en *Epifanía*, un poema de su libro *Un montón de sombra y otros poemas.* Los versos de Gaos se apuntan a la fe —no digáis que no se ve nada— cuando hay una luz cierta que brilla. Es un poema argumental, con gradación expresiva y de contenido, una invitación a la fe y a esperar a que la luz se manifieste. Ocurre que temporalmente la ocultan nubes pasajeras. En la primera estrofa, frente al no se ve nada de su arranque, el protagonismo es de la luz que brilla cierta y a lo lejos; pero en la última, la luz que brilla cerca está en cambio tapada, aunque no sea razón para apuntarse a la desesperanza:

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

«Decimos: *No se ve nada*. Y sin embargo,
una luz cierta brilla a lo lejos,
una estrella clara brilla a lo lejos,
una estrella brilla cada vez más cierta.
(...)
No digáis, pues: *No se ve nada,*
no hay esperanza, no hay justicia.
Sólo la niebla nos rodea.
No digáis nada de eso ahora,
cuando la luz brilla ya cerca,
cuando están pasando las nubes
que nos tapa la luz de esa estrella.» [67]

Estas dos estrofas precedentes, la primera y la última de *Epifanía*, no agotan la cantidad y calidad de luz que se describe en el resto del poema, que remite a «la luz de esa estrella» que ha de cruzar «la espesa atmósfera de hoy, / nuestro aire espeso, espeso, espeso». Es una luz que nos guía, nos conforta, y «nos llevará a un mañana / de justicia, de paz, de luz» [68].

En este contexto de luz cabe esta encendida nochebuena *Noche hermosa* que incluyó José Hierro en *Quinta del 42*. Las alusiones a la llama, a la hoguera, al faro, al «encendido celaje interior» [69] y a la estrella recubren de luz el vaivén de la vida:

«Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
faro celeste que alumbre a los que anden
con sus vidas a cuestas,
cuando ya no seamos
sino viento que pasa y no mueve la rama,
sino mar que se agita y no pone temblor en la playa desierta.
Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
encendido celaje
interior, agua eterna
que se agita, que corre
de la piedra a la estrella,
de la estrella a la piedra...» [70].

La luz dibuja un horizonte de experiencia meridional. Los poetas tienden a la luz cuando la disfrutan, cuando la añoran o la sueñan.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://arbor.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

Y siempre, dentro de esa luz, hay un no sé qué que emite radiaciones misteriosas, de intermitencia espiritual. Decía Valverde que «Dios es también lo conocido, / la luz natal, perdida en medio / de la extrañeza de los días» [71], y Carmen Conde que «un prodigio de luz y de color me habita» [72], y Bousoño que «Dios hecho luz cubre los cielos» [73]. Pero, como se puede fácilmente comprobar, los poetas que han nacido o vivido en un entorno de diafanidad llevan la luz inseparablemente unida a sus poemas: Desde María Victoria Atencia a Eloy Sánchez Rosillo, de Carlos Marzal a Vicente Gallego.

Hasta Jaime Siles, que habla de «alfabeto de luz» [74], para quien la luz es «un ave que se quema, que se inflama encendida» [75], y conoce, examina y filosofa acerca de sus tonalidades y de sus totalidades, hasta cuando este poeta mediterráneo se recluye en la perplejidad y siente que se le nubla «la fe de un dios pensado en claridad» [76], es capaz de definir al hombre, a propósito de un inquietante poema para *un Retablo de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo*, como «el sueño de una claridad» [77]. Recuerda este verso otro de Pablo García Baena en *Noche oscura* donde dice que «llamas somos de un sueño largo» [78]. Antonio Colinas, que sin ser mediterráneo se ha injertado en su luz, conecta con la expresión y el toque sanjuanista cuando se descubre a sí mismo «llama que canta» [79] mientras la noche arrecia, porque «la llama está en el pecho» [80].

Este descubrimiento de la luz interior, después de tantos poemas luminosos y radiantes, de matizada luz también, lo declara Colinas, por ejemplo en su poemario *Tiempo y abismo* [81]. Hay en ese libro tres poemas que me parecen secretamente conectados y en los que la luz cumple una función simbólica. El primero de ellos cuenta el hallazgo de un Cristo entre el estiércol de un establo. Ese descubrimiento —revelación de abandono y de humildad— termina en la mano del poeta no como un crucifijo inerte, sino como un pájaro tibio, emitiendo luz, luz de oro en establo:

«Ya liberado del estiércol,
aquel cuerpo de bronce parecía
temblar sobre mi mano
como un pájaro tibio.
Y contemplé sus pies, sus brazos extendidos,
clavados en la luz
de oro del establo.» [82]

Si el Cristo de bronce tiembla entre las manos no es por ningún extraño milagro, es porque «toda la luz está en nuestro interior» [83],

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

está entre nuestras cejas, «en ese centro o punto / donde un tiempo eterno / nos está contemplando» [84]. Esa luz —concluye— «ya es todas las luces» [85]. El tercer poema, se pregunta por «el escondido dios», «el dios desconocido» que calla «más que nadie desde hace muchos siglos». O es —se pregunta— que «nos habla temblando en la llama del ara», pero que también «nos envuelve como fuego» [86].

Qué sea ese fuego, qué llama interior y cuál su origen pertenece al propio misterio de la luz y del fuego, iluminado y purificador. Tan purificador como lo reclamaba Valverde en el último poema de su vida, *El día del perdón*:

«tendrá que haber un día en que nos juzguen
a todos y nos quemen en amor;
tendrá al final que haber quien nos reúna
a todos en un fuego de perdón.» [87]

Granadino y autor de un libro de poesía, entre otros muchos, titulado *Alma región luciente*, Antonio Carvajal, poco cosmopolita para lo que escribían sus compañeros de generación, recae con madurez y fuerza en los temas del barroco andaluz y del clasicismo. Este poeta, en unos sonetos biográficos, reconoce que, cuando quede inmóvil la luz en su ventana, espera alcanzar otra luz:

«Iré a otra luz. La luz no guarda luto
por quien la amó en el arte y en la vida.» [88]

Y es por la luz precisamente por quien desea ser redimido de la sombra, en *Oración umbría*, donde exige que la embriagadora luz —como si fuera un ángel de luz albertiano— lo libere de «este ángel de sombra / y de sus zarpas» [89].

Si la luz de que habla Carvajal se guarda mucho de parecer trascendente, aunque se intuya misteriosa, otro poeta atípico de su generación, de los que se desmarcan por la temática, la entonación, la ironía, amante de la cotidianidad y del *collage* expresivo, eficaz y directo, sin que le aturda el prosaismo o la excelsitud. Miguel D'Ors domina todos estos resortes y los sopesa, sin importarle filiaciones. Es creyente y respetuoso hasta recuperando las mayúsculas de los pronombres —como hacían los poetas arraigados de la postguerra— cuando aluden a Dios. «Que Él ponga en mis palabras una chispa /de Su innombrable fuerza» [90], escribe D'Ors en sus *Lecciones de historia*, una chispa que es concentrada luz.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://arbor.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

En un encendido y revelador poema —*Splendor Veritatis*— de su libro *Curso superior de ignorancia,* el rostro de Dios se muestra y se esconde, «aparece» y «desaparece». Y su aparición es «un relámpago», una rápida e intensísima luz, que el poeta busca para ver el rostro de Dios. Es para D'Ors la gran función de la palabra, de la poesía: experimentar el dolor y el gozo, buscar en, con y contra las palabras el rostro de Dios. En el poema pugna, mediante un lenguaje luminoso (relámpago, ascua, ilumine, reflejo, relámpago, luminosa, destello, relámpago), por ver iluminado un instante ese rostro que es el esplendor de la Verdad:

«Tu rostro, que aparece —un relámpago— y que
desaparece. Muero buscando entre palabras
apagadas un ascua de verdad que ilumine
un instante ese rostro. Haberlo casi visto
—un reflejo en el río— y vivir solamente
para volver a verlo. Que aparece —un relámpago—
y que desaparece. Qué dolor y qué gozo
este mover palabras, materia que se cierra
con espesor de piedra sobre Tu luminosa
permanencia, o que logra un destello, o siquiera
nos permite ese leve temblor de Tu inminencia
bajo la piel de un verso. Es esto la poesía:
buscar en las palabras, con las palabras, contra
las palabras Tu rostro, que aparece —un relámpago—
y que desaparece.» [91]

Este relámpago, que es la breve e intensa aparición de Dios, nada tiene que ver con este otro relámpago de que habla Eloy Sánchez Rosillo, poeta murciano de la misma hornada generacional. La vida es día y noche, luz y ceniza, «principio y fin habitan en el mismo relámpago» [92], conclusión clásica de la fugacidad, de su intensa brevedad.

A esta concepción fronteriza de la vida entre experiencia de luz y de oscuridad se apuntan muchos ejemplos de la poesía más joven y madura. Carlos Marzal, alejado de interpretaciones declaradamente espirituales, se instala como alucinado mediterráneo seducido por la luz, en esa luz que no sólo es brillo sino percepción de vida y contrapartida opaca, potenciadora de la misma luz:

«Me ha hechizado la luz, y me ha hechizado
la oscuridad también; de esta manera
la vida es una guerra de frontera,

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

pasada en desear lo inalcanzado,
mientras la vida queda al otro lado.» [93]

La luz, aun desprovista de cualquier sensación trascendente, deviene fluido indescifrable, «santa deriva», que es también el nombre de un poemario de Vicente Gallego donde se rozan conceptos iluminados por un tenue panteísmo estético que parece presidir, divinizado por la luz, el mundo exterior del poeta. *Santa deriva* es un libro de mucha iluminación difusa. He aquí algunas de sus derivaciones más expresivas. Dice a propósito de «nuestra felicidad»:

«esta brisa tranquila bajo el sol del espíritu,
breve tregua del alma con los cielos azules
que fomentan acaso el inmortal anhelo
de una alada conciencia más allá de la muerte.» [94]

Y habla del «firmamento irisado de los días felices» [95], se refiere a la alegría como «polen de luz» [96], el cielo de la mañana es como «el techo frágill» [97] de un sueño, la vida «es también una luz que vela el mundo» [98] y hace partícipe a la luz de la fragilidad barroca:

«Alguien trajo una rosa
hace ya algunos días, y con ella
trajo también algo de luz,
yo la puse en un vaso y poco a poco
se ha apagado la luz y se apagó la rosa...» [99].

La luz se titula este poema de Eloy Sánchez Rosillo que puede ser un paradigma de cómo la vida ordinaria y anodina se ilumina de repente, de cómo la luz, una misteriosa irrupción a cualquier hora o en cualquier lugar, puede cambiar la vida, transformar un instante en algo nuevo y renovado. Esa luz de que habla el poema no es, desde luego, un destello exterior, ni una puesta de sol, sino una especie de «luz no usada», a lo fray Luis de León, enteramente interior. Lo dice con toda convicción el poema, que se divide en dos partes: la primera, cuenta los lugares y situaciones de la vida ordinaria y anodina en que puede sobrevenir la «luz poderosísima» que transforma la vida, en la segunda. Lo clarifica todo y «da tanta verdad, tanta misericordia». Merece la pena su lectura:

«No se puede prever. Sucede siempre
cuando menos lo esperas. Puede pasar que vayas

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

por la calle, deprisa, porque se te hace tarde
para echar una carta en correos, o que
te encuentres en tu casa por la noche, leyendo
un libro que no acaba de convencerte; puede
acontecer también que sea verano
y que te hayas sentado en la terraza
de una cafetería, o que sea invierno y llueva
y te duelan los huesos; que estés triste o cansado,
que tengas treinta años o que tengas sesenta.
Resulta imprevisible. Nunca sabes
cuándo ni cómo ocurrirá.
Transcurre
la vida igual que ayer, común y cotidiana.
«Un día más», te dices. Y de pronto,
se desata una luz poderosísima
en tu interior, y dejas de ser el hombre que eras
hace sólo un momento. El mundo, ahora,
es para ti distinto. Se dilata
mágicamente el tiempo, como en aquellos días
tan largos de la infancia, y respiras al margen
de su oscuro fluir y de su daño.
Piedras del presente, por la que vagas libre
de cuidados y culpas. Una acuidad insólita
te habita el ser: todo está claro, todo
ocupa su lugar, todo coincide, y tú,
sin lucha, lo comprendes.
Tal vez dura
un instante el milagro; después las cosas vuelven
a ser como eran antes de que esa luz te diera
tanta verdad, tanta misericordia.
Mas te sientes conforme, limpio, feliz, salvado,
lleno de gratitud. Y cantas, cantas.» [100]

Dan ganas, tras leer este poema de Sánchez Rosillo, de ponerle nombre y autor a ese milagro abierto por la luz que hace feliz y salva y llena de gratitud. La contestación la podrían dar aquellos versos reversibles de León Felipe que se preguntan si «¿La carne se hizo luz? / ¿O la luz se hizo carne?» [101].

Notas

[1] *Gn* 1, 3-5.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

[2] *Jn* 1, 9.
[3] *Jn 8, 12*
[4] *DS* 150.
[5] LEON, L. de. (1951): *Obras Completas*. Madrid BAC. 1436.
[6] YNDURAIN, D. (1990): *Aproximación a San Juan de la Cruz. Las letras del verso*. Madrid Cátedra. 51-63.
[7] LEON, L. de. (1951): *Obras Completas*. Madrid BAC. 427.
[8] CRUZ, J. de la. (1983): *Poesía*. (Edición de D. Ynduráin). Madrid Cátedra. 256.
[9] Ob. Cit. 261.
[10] Ob. Cit. l.c.
[11] Ob. Cit. 273.
[12] PALOMO VAZQUEZ, P. (1986): *Presencia sanjuanista en la poesía española actual*. Avila (Simposio sobre San Juan de la Cruz). 131-150.
[13] CRUZ, J. de la. (1983): *Poesía*. (Edición de D. Ynduráin). Madrid Cátedra. 249.
[14] ALBALA, A. (1952): *Umbral de armonía*, «Tacto de Dios». Madrid Adonais.
[15] ROSALES, L. (1966): *Obras completas, vol. I, Poesía*. Madrid Trotta. 144.
[16] Ob. Cit. 172.
[17] PANERO, L. (1973): *Obras completas, vol. I, Poesía*. Madrid Editora Nacional. 155.
[18] Ob. Cit. 118.
[19] Ob. Cit. 60.
[20] Ob. Cit. 61.
[21] Ob. Cit. 540.
[22] Ob. Cit. 551.
[23] HIDALGO, J.L. (2000): *Poesías completas*. Barcelona DVD. 112.
[24] VIVANCO, L.F. (1983): *Diario*. Madrid Taurus. 82.
[25] VIVANCO, L.F. (2001): *Poesía I*. Madrid Trotta. 331.
[26] Ob. Cit. 196.
[27] Ob. Cit. 175.
[28] Ob. Cit. 184.
[29] OTERO, B. de. (1951): *Redoble de conciencia*. Barcelona Estudios Hispánicos. 21.
[30] OTERO, B. de. (1950): *Angel fieramente humano*. Madrid Insula. 37.
[31] LUIS, L. de. (1957): *Teatro Real*, «La representación». Madrid.
[32] VALVERDE, J. M. (1998): *Poesía*. Madrid Trotta. 101.
[33] GAOS, V. (1959): *Poesías completas, vol I*. Madrid Giner. 106.
[34] Ob. Cit. 107.
[35] GAOS, V. (1974): *Poesías completas, vol II*. León. 177.
[36] GAOS, V. (1959): *Poesías completas, vol I*. Madrid Giner. 240.
[37] BOUSOÑO, C. (1998): *Primavera de la muerte (Poesías completas)*. Barcelona Tusquets. 47.
[38] Ob. Cit. 76.
[39] Ob. Cit. l.c.
[40] Ob. Cit. 291.
[41] Ob. Cit. 164-165.
[42] Ob. Cit. 174.
[43] GONZALEZ, A. (1972): *Palabra sobre palabra*. Barcelona Barral. 79.
[44] Ob. Cit. l.c.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas http://arbor.revistas.csic.es
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)

[45] RODRIGUEZ, C. (1992): *Desde mis poemas* (ed. del autor). Madrid Cátedra. 33.
[46] Ob. Cit. 260.
[47] Ob. Cit. 174.
[48] Ob. Cit. 170.
[49] Ob. Cit. l.c.
[50] Ob. Cit. 170.
[51] RODRIGUEZ, C. (1991): *Casi una leyenda*. Barcelona Tusquets. 27
[52] Ob. Cit. 73-74.
[53] VALENTE, J. A. (1999): *Obra poética I,* «Muerte y resurrección». Madrid Alianza.
[54] VALVERDE, J. M. (1998): *Poesía.* Madrid Trotta. 265.
[55] VALENTE, J. A. (1999): *Obra poética I*, Madrid Alianza. 15.
[56] Ob. Cit. l.c.
[57] Ob. Cit. 79.
[58] Ob. Cit. 113.
[59] Ob. Cit. 97.
[60] Ob. Cit. 284.
[61] ROSALES, L. (1996): *Obras completas, vol. I, Poesía*. Madrid Trotta. 213-243.
[62] Ob. Cit. 227.
[63] Ob. Cit. l.c.
[64] Ob. Cit. 229.
[65] Ob. Cit. 238-239.
[66] Ob. Cit. 238.
[67] GAOS, V. (1974): *Poesías completas, vol II.* León. 244-245.
[68] Ob. Cit. 245.
[69] HIERRO, J. (1962): *Poesías completas.* Madrid Giner. 369-370.
[70] Ob. Cit. l.c.
[71] VALVERDE, J. M. (1998): *Poesía.* Madrid Trotta. 182.
[72] CONDE, C. (1979): *Obra poética.* Madrid Biblioteca Nueva. 267.
[73] BOUSOÑO, C. (1998): *Primavera de la muerte (Poesías completas).* Barcelona Tusquets. 76.
[74] SILES, J., (1992): *Poesía 1969-1990.* Madrid Visor. 209
[75] Ob. Cit. 15.
[76] Ob. Cit. 113.
[77] Ob. Cit. 112.
[78] GARCIA BAENA, P. (1998): *Poesía completa 1940-1997.* Madrid Visor. 254.
[79] COLINAS, A. (2002): *Tiempo y abismo.* Barcelona Tusquets. 113.
[80] Ob. Cit. l.c.
[81] COLINAS, A. (2002): *Tiempo y abismo.* Barcelona Tusquets.
[82] Ob. Cit. 35.
[83] Ob. Cit. 121.
[84] Ob. Cit. l.c.
[85] Ob. Cit. l.c.
[86] Ob. Cit. 115-116.
[87] VALVERDE, J. M. (1998): *Poesía.* Madrid Trotta. 342.
[88] CARVAJAL, A. (1996): *Raso milena y perla.* «Biografía». Valladolid Jorge Guillén.
[89] CARVAJAL, A. (1973): *Serenata y navaja.* «Oración umbría». Barcelona Saturno.
[90] D'ORS, M. (1992): *Punto y aparte (1900-1990).* Granada La Veleta. 88.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es

[91] D'ORS, M. (1987): *Curso Superior de ignorancia*, «Splendor veritatis». Murcia Universidad.

[92] SANCHEZ ROSILLO, E. (1996): *La vida*, «Principio y fin». Barcelona Tusquets.

[93] MARZAL, C. (1991): *La vida de frontera*, «La vida de frontera». Sevilla Renacimiento.

[94] GALLEGO, V. (2002): *Santa deriva*. Madrid Visor. 55.

[95] Ob. Cit. l.c.

[96] Ob. Cit. 56.

[97] Ob. Cit. 77.

[98] GALLEGO, V. (1988): *La luz, de otra manera*, «Septiembre 2». Madrid Visor.

[99] GALLEGO, V. (1990): *Los ojos del extraño*, «Variación sobre una metáfora barroca». Madrid Visor.

[100] SANCHEZ ROSILLO, E. (1996): *La vida*, «La luz». Barcelona Tusquets.

[101] FELIPE, L. (1993): *¡Oh, este viejo y roto violín!*, «La carne se hizo luz». Madrid Visor. 103.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons 3.0 España (by-nc)
http://arbor.revistas.csic.es